

# El sueño de Daniela



Este cuento lo escribió M<sup>a</sup> Angeles Bacelo  
y los dibujos los hizo Julia Alonso.

Colaboraron también Paloma Fornés y Er-  
nesto Hidalgo.

Este libro pertenece a:

.....

Del curso : .....





Daniela era una niña con mucha imaginación. Sus padres, desde muy pequeña, le contaban un cuento a la hora de dormir. Por eso, a Daniela le encantaban las hadas, duendes, princesas, gnomos, castillos encantados, brujas y ogros.

Pero Daniela tiene ya seis años y va a la clase de 1<sup>o</sup> de Primaria del colegio Virgen de la Encina de Ho-  
yo de Manzanares. Esta noche está un poco nerviosa, también emocionada, porque mañana visitará con su clase el Parque Arqueológico de La Cabilda y aprenderá como vivían los visigodos.

—¡Hola!, ¿cómo te llamas? —le preguntan.

—Daniela. ¿Y vosotros, cómo os llamáis?

—Mi hermano Leovigildo, pero le llamamos Leo, y yo Gala — responde Gala.

—¿Por qué estoy vestida así? ¿Y dónde estoy? —dice Daniela.

—No sé —le responde Leo—  
vas vestida igual que nosotros y es-  
tamos en la aldea de La Cabilda.

—¿Puedo jugar con vosotros?  
—pregunta Daniela.



—Pues claro, vente y verás qué bien lo pasamos —le contestó Gala— pero primero, mamá nos ha encargado recoger bellotas para después molerlas y hacer pan.

—¡Vale! —dijo Daniela.

Y se fueron los tres correteando, jugando y eso sí, de vez en cuando, recogían alguna bellota y la guardaban en los bolsillos.

Cuando se habían alejado un poco, oyeron un zumbido y Daniela se asustó.

—No tengas miedo Daniela —dijo Gala— son nuestras amigas las





abejas, tienen su colmena muy cerca de aquí. De ella sacamos una miel exquisita con la que mamá hace unos dulces riquísimos. Y con su cera, papá nos hace unas tablillas para aprender las letras y los números. Nuestro vecino Erudino todas las tardes nos da clases.

Y siguieron con sus juegos.

A lo lejos, Daniela observó un rebaño de ovejas y dijo: —¡Vamos a ver a las ovejas!

—Son las ovejas de nuestro papá —exclamó Leo.

Y al llegar, Leo y Gala empezaron a corretear entre ellas y a llamarlas por sus nombres.

—Pero ¿cómo las reconocéis? —preguntó Daniela— a mí me parecen todas iguales.

—Mi hermano y yo les ponemos nombre al nacer, las ordeña-



mos y cuidamos —le respondió Gala.

—Yo nunca he ordeñado una oveja —exclamó Daniela.

—Ven, que yo te enseñe —le dijo Gala— y verás qué rica está la leche recién ordeñada.

Con tanto jugar y corretear, se les

había pasado la mañana. Liuva, el papá de Leo y Gala les dijo:

—Volved a casa que mamá necesitará las bellotas para hacer el pan.



Volvieron corriendo y al llegar les esperaba la mamá de Leo y Gala. Se llamaba Elda y era muy guapa.

Entraron en la casa que, por cierto, era muy diferente a la de Daniela.

Tenía una entrada, donde seguramente dormían las ovejas, ya que olía fatal.

Luego se pasaba a la cocina-comedor-habitación, donde había un fuego y un horno.



Gala le enseñó otra habitación donde guardaban las vasijas con alimentos y bebidas. En esa habitación hacía más frío, era la nevera de la casa.

Después de comer, Daniela les dijo a sus nuevos amigos:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues mamá nos ha dicho que podemos ayudarle a hacer jarras y vasijas con el barro —le contestó Gala.

Leo señaló —a mí lo que más me gusta es hacer letras y dibujos cuando ya está terminada. Luego mamá

las cocerá en un horno que tenemos en la calle.

Gala dijo: —Pues yo prefiero jugar con el barro y hacer formas diferentes, de distintos tamaños.

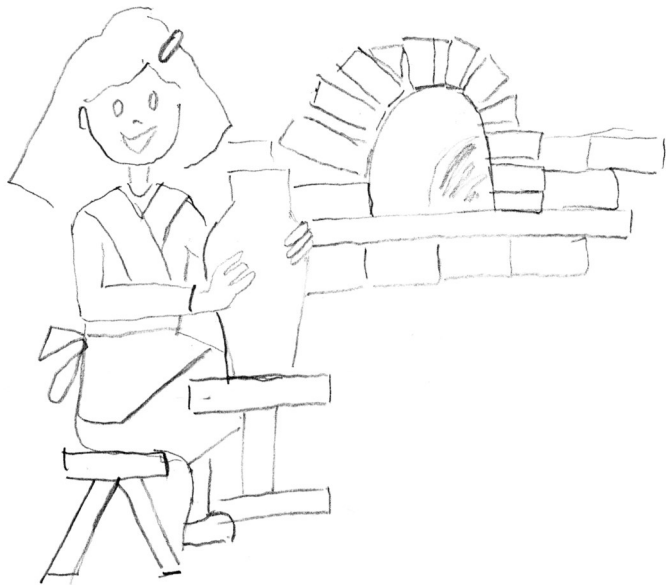
—Yo te enseñaré —dijo Gala.

Daniela y Gala se habían hecho muy amigas.



Un poco más tarde, llegó Erudino, el vecino que les daba clases. A Daniela le encantó escribir en las tablillas de cera, pero no entendía nada de ese idioma.

Después ordeñaron las ovejas y las peinaron con un cepillo.





Elda llevaba un anillo precioso que su marido Liuva le había hecho para la boda. Elda, la mamá de Gala, le enseñó un joyero en el que guardaba broches, pendientes y colgantes.

Gala llevaba una horquilla preciosa, en la que Daniela se había fijado desde el primer momento.

Los tres niños se encontraban agotados, cenaron un poco de leche y se fueron a dormir.

A Daniela le extrañó tener que dormir en el suelo, pero como estaba



tan cansada, cayó rendida.

De repente, Daniela escuchó la voz de su mamá.

—¡Buenos días, Daniela! ¡Hay que levantarse para ir al colegio!

—Buenos días, mamá —  
respondió Daniela— pero... ¿dónde  
estoy?

—Pues dónde vas a estar hija  
—le contestó su madre— en tu ha-  
bitación, en tu casa.



Daniela estaba un poco confundida. Había sido todo un sueño.

—¡Vamos hija! ¡Que hoy tenéis la excursión!

—Sí, mamá, estoy deseando visitar la aldea visigoda —dijo Daniela.

Daniela y sus compañeros de clase, escucharon con atención las explicaciones de la guía de la visita. Cuando preguntaban algo, Daniela sorprendentemente lo sabía. La profesora y la guía estaban extrañadas, porque Daniela sabía cosas de los visigodos que incluso ellas desconocían.

La profesora les había prometido que

si se portaban bien durante la explicación, les dejarían excavar como auténticos arqueólogos. A Daniela le hacía mucha ilusión poder excavar.

Después de un rato excavando, Daniela encontró un objeto, al limpiarlo pudo observar que era la horquilla de su amiga Gala que tanto le gustaba. Al ir a sacarla,



vio un agujerito y se asomó. Allí estaban Leo y Gala diciéndole adiós.

—¡No había sido un sueño! — pensó Daniela— ¡había vivido un día entero en la aldea visigoda de La Cabilda!

Pero, ese sería su gran secreto.

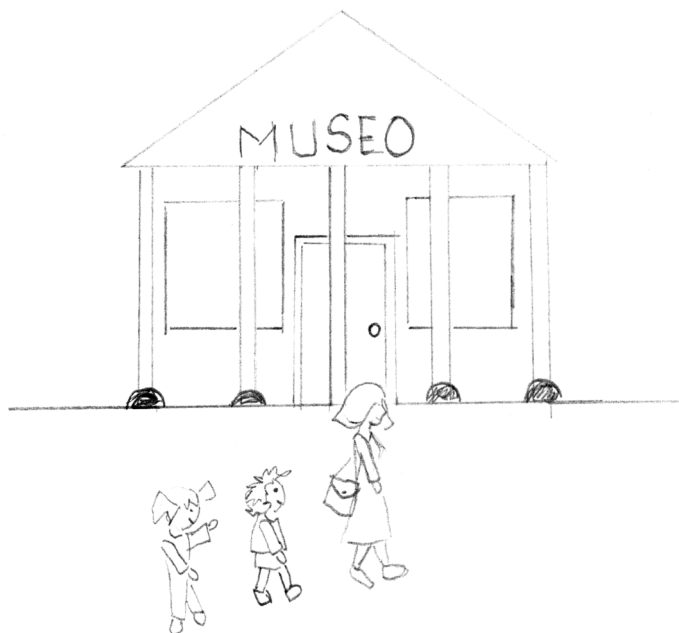
De repente, Daniela exclamó:

—¡Aquí! ¡He encontrado algo!  
¡Venid a verlo!

Todos corrieron hacia donde se encontraba Daniela. La guía dijo que parecía una horquilla, tal vez de niña (Daniela sabía que era la horquilla de Gala).

Fue la única que encontró algo, tal vez Leo y Gala la pusieron cerca de donde estaba Daniela para que la encontrara. Fue recibida en el colegio con grandes aplausos.

La horquilla se la llevaron al Museo Arqueológico de Alcalá de



Henares y pusieron una inscripción que decía:

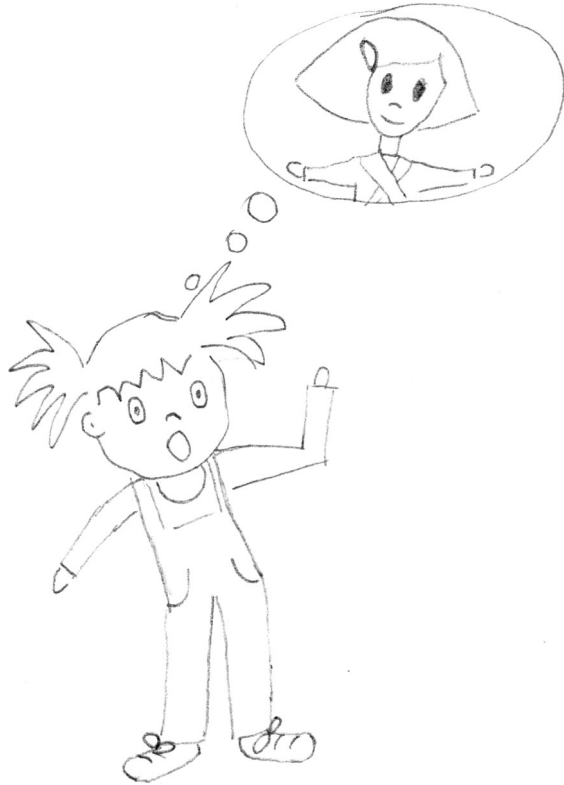
Encontrada por Daniela, niña de 1<sup>o</sup> de Primaria del colegio Virgen de la Encina.

Cuando volvió a casa, Daniela le contó a su madre todo lo ocurrido, incluso su aventura en la aldea visigoda con Leo y Gala.

Su madre sonrió y pensó: —No deberíamos haberle contado tantas historias fantásticas.

Daniela estaba contenta por haber encontrado la horquilla, pero a la vez algo apenada, porque





quería la horquilla de su amiga para ponérsela. Sus padres le explicaron que no podía ser, ya que tenía que estar en el Museo,

pero le prometieron que le iban a hacer una igual y se la regalarían para su cumpleaños.

Daniela estaba ya muy cansada, y antes de dormirse pensó:

—Ha sido verdad, he vivido un día en la aldea visigoda de La Cabilda, y tengo dos amiguitos más, Leo y Gala.





Editado por la Asociación Cultural  
El Ponderal, en noviembre de 2023.

Depósito legal M-33806-2023